**VI DOMINGO DE PASCUA- CICLO B**

Hay muchas frases que podemos rescatar del evangelio de hoy. Podría decirse que este evangelio expresa un mandato de Jesús, no como una orden sino como una propuesta la cual trae consecuencia principal “permanecer en el amor de Jesús”. La frase central del texto es “ámense los unos a los otros como yo los he amado”. De esta se desprenden todas las demás. Es lo que llamamos el mandamiento del amor. Una cosa es decirlo y otra es vivirlo. Un mandamiento que lo hemos escuchado muchísimas veces pero que aún no termina de germinar en nuestras vidas. Quizás nos falte aprender a amar no a nuestro estilo sino al estilo de Jesús. Este mandamiento del amor implica dos cosas: la gracia de Dios y un trabajo personal de cada uno en su interior. Jesús nos da un parámetro: amar como Él nos ama. Por lo tanto implica hacer una experiencia de amor con el mismo Dios. No podemos amar como Jesús ama si antes no conocemos su amor, si antes no descubrimos su amor en nosotros y en nuestras vidas. Esto va mucho más allá de las muestras de afecto como un abrazo, un beso, una caricia, un dar la mano, etc. Va mucho más allá de lo que se expresa exteriormente porque nos remite a que el amor permanezca para siempre y no sólo en un momento afectivo o en una situación precisa.

Creo que la palabra “permanecer” es muy significativa porque nos habla de la estabilidad en todos los sentidos. Sólo el amor de Jesús nos permite vivir en estabilidad, en armonía, en unificación interior y exterior. Y permanecer hasta el último instante de nuestras vidas no es nada fácil porque tendemos a “no permanecer”; buscamos rápidamente cambiar nuestros espacios, nuestra ropa, nuestro celular… Y también a veces buscamos cambiar de personas, de amigos, de trabajo, de casa, de profesión. Estar en constante cambio en un sentido negativo no permite dar la posibilidad de hacer un camino en las relaciones humanas; queremos todo a las apuradas y estar en un solo lugar nos aburre rápidamente. Esto no se refiere a un sentido positivo de renovación de las cosas o de nosotros mismos; me refiero a la inestabilidad con la cual nos abocamos en los distintos espacios donde nos relacionamos con los demás. Por eso los amigos duran poco, o el noviazgo se convierte en algo aburrido. El mundo vive así y nos atropella; no nos da tiempo a conocer a las personas; no nos permitimos que otros nos conozcan: todo se convierte en relaciones rápidas y para el momento. Esto ocurre cuando tendemos a “no permanecer en el amor de Dios”. Pero cuando buscamos “permanecer en su amor”, las relaciones humanas van madurando y cuando menos nos damos cuenta, el amor permite permanecer con los demás: estar al lado, acompañarlos, envejecer con ellos. Es este el secreto del matrimonio y de las amistades que duran para siempre. La clave es la permanencia en el amor del Señor, para que el amor entre las personas sea duradero. Pero cuando el amor está cimentado en las fortalezas humanas, la cosa no funciona, justamente porque somos frágiles. Es el amor de Dios el que da estabilidad y permanencia a todo lo bueno que hacemos y vivimos con los demás. Cuando el amor está cimentado en las personas, el amor se desvanece, se esfuma. Y por eso el ser humano es inestable, no sólo en el amor, sino también en todos sus otros ámbitos: trabajo, deporte, estudio, etc.

Por eso, el amor entre las personas, genera cosas nuevas y enriquece cuando permanece. Y por último, el “permanecer” no es algo estático, sino estable. No es lo mismo estar quieto que estable. Estar quieto significa no hacer nada, no arriesgarse, no dar pasos. Ser estable significa justamente lo contrario: no dejar de dar pasos. La estabilidad no es rigidez ni encasillamiento, sino renovación interior constante.

Jesús nos invita a permanecer en su amor para dar frutos y que esos frutos sean duraderos. Sólo con su ayuda podemos permanecer; por nuestra cuenta, seguro que nos confundimos y en vez de permanecer, vivimos saltando de un lado a otro, de una persona a otra. La riqueza del amor se mide en la permanencia y no en la cantidad.